

santa Iglesia, cuyos hijos somos; lo cual trataremos en los capítulos siguientes.

CAPÍTULO V.

Por qué permite nuestro Señor las herejías, y cómo con ocasion dellas descubre su poder.

Aunque son tan grandes y perniciosos los daños que hacen las herejías, todavía son mucho mayores los bienes que nuestro Señor saca dellas, por los cuales las permite; porque siempre habemos de estar muy firmes y arraigados en aquel principio y verdadero fundamento que arriba declaramos, que Dios nuestro Señor no permitiría males en el mundo sino para sacar dellos mayores bienes, que son los mismos males que permite. Y esto es propio de Dios; porque, así como el malo áun de lo bueno saca mal, así el sacar bien del mal y convertir las espinas en rosas, y sanar con la ponzoña, y dar vida con la muerte, es propio del Señor del universo, que es autor de la vida (1). Y esto no nace de la naturaleza del mal ni de los malos. No es causa deste bien la herejía ni los herejes, sino la benignidad y suma clemencia de Dios, que en este hecho manifiesta su infinito poder, su incomprendible sabiduría, y aquella su inestimable bondad, que no tiene tasa ni medida. Y la manifestación destas perfecciones suyas es mayor bien y de mayor provecho para los buenos y finos católicos, y de mayor gloria para Dios, para la cual crió todas las cosas, que son los daños que se siguen de las herejías.

Vamos desenvolviendo esta verdad y desmenuzando lo que habemos dicho. ¿Cómo se descubre el soberano poder de Dios en tiempo de herejías? Defendiendo la verdad, y dándole valor y fuerzas para que, aunque esté desarmada, arrinconada y desvalida, prevalezca contra las puertas y todo el poder del infierno, y salga siempre con victoria (2). Vese esto en la origen, progreso y fin de las herejías pasadas. Pero, por no ser prolijo, hablaré de sola la de los arrianos, la cual, estando armada con la potencia de los emperadores, y con la aparente y sofisticada sabiduría de los filósofos, y con la autoridad de muchos obispos engañados, y con el artificio y embustes de los que la profesaban, y haciendo riza y carnicería en los verdaderos siervos de Dios, y tomando todos los medios de mafia y fuerza para oprimir y desarraigar de la Iglesia la verdad católica, no pudo hacer mella en ella más que lo hacen las olas en una alta y fuerte roca.

Fué tan grande y terrible esta persecución de los arrianos, que dice della Vicencio Lirinense estas palabras (3): «En este peligroso tiempo bien se vió cuán grandes calamidades vienen al mundo

(1) Euseb. Emis., hom. iv, De Epiphán.

(2) Matth., xxvi.

(3) In libello advers., hæreses. cap. vi. De la persecución arriana tratan Athan., en la Apol. de su huida; Hil., contra Constantio; Greg. Nac., en la oración fúnebre de Bas. sup. lib. ii; Ruf., lib. x, cap. xxvii; Prosp., in chro. Vic., de pers. vandal.; Oros., Greg., Tur, y los demas autores de la hist. ecel.

con la introducción de nuevas doctrinas. Porque, no solamente las cosas pequeñas, sino también las grandes, entonces padecieron. No solamente el parentesco, el deudo, las amistades y las casas particulares, pero las ciudades, los pueblos, las provincias, las naciones, y finalmente todo el imperio romano se turbó y estremeció. Porque, como la profana novedad de los arrianos, á guisa de una furia infernal, hubiese ganado ó engañado primero al Emperador, luego rindió á los principales ministros de su palacio, y apoderada dél, comenzó á consumir todo y turbar las cosas particulares y públicas, las sagradas y profanas, y sin hacer diferencia de lo bueno ni de lo malo, de verdadero ni de falso, dar en las cabezas como en enemigos. En este tiempo las mujeres casadas eran afrentadas, las viudas despojadas, las vírgenes violadas, los monesterios derribados, los clérigos echados de sus casas, heridos los diáconos, desterrados los sacerdotes, y las cárceles y calabozos estaban llenos de santos varones y siervos de Dios. Y buena parte dellos andaban afligidos, peregrinando por los campos de día y de noche, porque les era prohibido el entrar en los pueblos. Y así eran forzados á guarecerse en los desiertos, espeluncas y cuevas, entre las fieras y peñas, y consumidos de la hambre y de la desnudez, casi muertos en vida, acabar sus amargos y dichosos días. Hasta aquí son palabras de Vicencio Lirinense, autor gravísimo, que há más de mil años que floreció.

San Basilio confiesa (4) que fué tal esta persecución, que pensó que era principio de la apostasía, de la cual habla san Pablo en la epístola á los tesalonicensés (5), y san Jerónimo en una epístola dice que, fuera de Atanasio y Paulino, todo el Oriente estaba inficionado de la herejía de Arrio.

¿Cómo se mostró el poder grande de Dios en el esfuerzo que dió al invencible doctor de la Iglesia san Atanasio (6) para resistir á la herejía arriana y para escaparse de las manos de sus enemigos, y dejar burlados todos sus consejos, ardidés y artificios? ¿Cómo se descubrió este mismo poder en el espíritu y doctrina con que armó al otro su compañero y valeroso capitán san Hilario, obispo Pitiavense (7), para que, aunque desterrado de su iglesia, y llevado á tierras extrañas y bárbaras, diese vida á los muertos, y resplandeciese con milagros, y volviese á ella con victorias? (8). ¿Cómo pudieran cuatro mil y novecientos y sesenta y seis obispos y personas sagradas, entre los cuales había muchos viejos delicados y enfermos (9), padecer lo que padecieron en Africa por esta misma causa, en tiempo de Honorico, rey de los vándalos (10), sino esforzados deste poder del Señor (11),

(4) Epíst. lx.

(5) II., Tess., ii.

(6) Ruf., lib. x.

(7) Soc., lib. ii.

(8) Soc., lib. iii, cap. viii.

(9) Zozom., lib. v, cap. xii.

(10) Martiról. rom., á 12 de Octubre.

(11) Neuch., lib. ii; Gen., xvii.

el cual tanto más fuerte se mostraba, cuanto ellos eran más flacos, y más terribles los tormentos que padecían? Y no ménos eficaz argumento deste poder fué el dar habla milagrosamente á otros, á quien el mismo tirano Honorico habia mandado cortar de raíz las lenguas (1), para que sin ellas hablasen tan bien como hablaban con ellas, y haber hecho otros infinitos y admirables milagros como hizo para confirmación de nuestra santa religion y confusión de sus enemigos, los cuales, por ser tantos, no se pueden contar.

Y nuestro príncipe de España san Hermenegildo (2), ¿de dónde tuvo ánimo y espíritu para menospreciar el reino, desobedecer al rey Leovigildo, su padre, resistir á los acometimientos y vanos asaltos que le dieron, pasar por la aspereza de la cárcel, y no temer el cuchillo ni la muerte espantosa, por no discrepar un punto de la fe católica, sino porque en esta gloriosa hazaña queria descubrir su soberano poder nuestro Dios? El cual, finalmente, por la sangre deste mártir suyo y esclarecido príncipe dió fin á la herejía arriana, que habian introducido los godos en España, y no solamente en ella, sino en todo el mundo se acabó la pestilencia é infección de aquella perversa doctrina; y los maestros que la sembraban fueron condenados en los sagrados concilios, y castigados (3) severamente de la mano de Dios, y los reyes y emperadores (4) que la favorecian tuvieron desastrosos fines. Y con esto, la religion católica triunfó de la herejía, y tuvo sosiego, paz y quietud.

De la misma manera podríamos particularizar esto en las demas sectas de perdición que se han levantado, en los siglos pasados, contra nuestra santa madre Iglesia católica, apostólica y romana, que han sido innumerables, cruelísimas y perniciosísimas, las cuales todas se han deshecho como humo, y siempre la verdad, por más que haya sido combatida, ha prevalecido y triunfado de la mentira, para que en esto se viese y se manifestase más el poder de Dios.

CAPÍTULO VI.

Cómo se descubre la sabiduría de Dios en el tiempo de herejías.

Pues ¿que diré de la luz admirable de la sabiduría divina, que resplandece y se descubre más en el tiempo oscuro y caliginoso de las herejías? Porque, como el Señor tiene tan grande y tan paternal providencia de sus escogidos, cuando son menester, envía unos sapientísimos doctores, para que, como unas lumbreras del cielo, alumbrén el mundo y deshagan con los rayos esclarecidos de la verdad las tinieblas espesas de los herejes. Y así como lo

(1) Greg., lib. iii, Dial., cap. xxxii; Evang., lib. iv, cap. xiv.

(2) Greg., lib. iii, Dial., cap. xxxi.

(3) Arrio murió repentinamente, echando las entrañas. Athan., orat. i, Contra arrianos, y Rufin., lib. x, Hist., cap. xiii.

(4) Constantio murió de apoplejía. Soerat., lib. ii, cap. xxxvii.

Valente vivo fué quemado de los godos. Rufin., lib. x, cap. xiii.

Honorico, rey de los vándalos, murió comido de gusanos, que maban de todo su cuerpo. Vict., lib. iii, y Procop., lib. iii, De bell. vuan.

(5) Lib. i, epist. xxiv.

(6) Lib. Contra hæres., cap. ix.

blanco se echa de ver mejor par de lo negro, y la luz cabe lo oscuro, así el espíritu celestial destes varones eminentes, derivado de aquella fuente soberana de la sabiduría de Dios, resplandece más cuando le cotejamos y contraponemos con la perversa inorancia de los maestros insipientes. No hubieran mostrado tan excelentemente su sabiduría los gloriosos doctores de la Iglesia católica, san Atanasio y san Hilario, de quienes habemos hecho mención, si Arrio, enemigo de la verdad, no les hubiera dado materia para ello. Ni san Jerónimo contra Vigilancio, Joviniano y Elvidio, ni san Agustín contra los pelagianos y maniqueos, ni san Cirilo contra Nestorio, ni santo Domingo contra los albigenses, ni otros santísimos y sapientísimos varones y capitanes esforzados hubieran podido desplegar las riquezas de su doctrina, y emplear los filos y aceros de su valor contra otros monstruos y enemigos del Señor, si ellos no hubieran salido en campaña y pregonado guerra contra la Iglesia católica.

En esto se muestra mucho la sabiduría de Dios, que es la fuente de donde estos santos varones bebían. Y no ménos en el juntar los concilios generales, y asistir con el espíritu de su infalible promesa y verdad en ellos, para que con ella se desterrasen de la santa Iglesia las nuevas, peregrinas, falsas y curiosas doctrinas, y se estableciesen las verdaderas, macizas y sólidas, por las cuales ella se habia de regir y gobernar. Desta manera se convocó y celebró en Nicea, ciudad de Bitinia, el concilio Niceno, en tiempo de san Silvestre, papa, y del emperador Constantino, que fué el primero general, al cual vinieron trescientos y diez y ocho obispos, y en él fueron condenados Arrio, Sabelio y Fotino. Y en el tiempo de san Dámaso, papa, y de los emperadores Graciano y Teodosio se celebró el concilio Constantinopolitano, de ciento y cincuenta obispos, contra Eunomio y Macedonio, y el Efesino, de doscientos obispos, contra los errores de Nestorio, obispo de Constantinopla, en tiempo del papa Celestino y del emperador Teodosio el Segundo. Y el Calcedonense, de seiscientos y treinta obispos, en tiempo de san Leon, papa, y de Marciano, emperador, contra Eutiquio y Dioscoro, que son los cuatro concilios generales que san Gregorio dice que veneraba como los cuatro evangelios; y despues destes, se han celebrado otros muchos concilios generales contra diversos herejes (5). Y últimamente se celebró el concilio de Trento contra los errores de Lutero y sus secuaces, y en él y en todos los demas se puede ver cómo resplandece esta sabiduría de Dios, y la claridad, resolución y firmeza con que se determinan y establecen en ellos las verdades purísimas de nuestra santa fe, y se condenan y deshacen los errores contrarios, para que de todos los concilios saquemos aquella conclusión y verdadera sentencia de Vicencio Lirinense (6), que es propio de la modestia y grave-

(5) Lib. i, epist. xxiv.

(6) Lib. Contra hæres., cap. ix.

dad cristiana no enseñar á nuestro sucesores nuestra propia y nueva doctrina, sino retener y conservar la que aprendimos de nuestros padres.

Y nuestro Señor suele algunas veces confirmar con milagros los mismos concilios, como lo hizo en el concilio Niceno, en el cual murieron dos de los obispos congregados ántes que se acabase el concilio y los padres le firmasen, y despues que le firmaron, fueron con él á la sepultura de los dos obispos difuntos, y pidiéronles que si lo que en el concilio se habia determinado era verdad, lo firmasen de su mano y lo aprobasen; y dejando aquella noche en aquel lugar el concilio sellado, á la mañana, desenvolviéndole, le hallaron firmado de mano de los dos santos obispos difuntos, con estas palabras: «Nos, Crisanto y Musonio, los cuales en la santa y universal y primera sínodo de Nicea (1) habemos sido del mismo parecer que los otros santos padres, aunque cuanto al cuerpo somos ya difuntos, con nuestra propia mano habemos firmado este papel. Y en el concilio Calcedonense, habiendo gran controversia entre los herejes y católicos acerca de la verdad de nuestra santa fe, se tomó por medio que para averiguar la verdad se acudiese al cuerpo de santa Eufemia, que con gran reverencia era venerado en aquella misma ciudad y lugar del Concilio, y que se pusiesen dos libros, el uno de los herejes y el otro de los católicos, dentro de su sepultura, y que el que la Santa aprobase, éste se tuviese por bueno y verdadero. Hizose así, y el de los herejes se halló arrojado á los piés de la Santa, y el católico dió ella misma de su mano (sacando el cuerpo de la sepultura) al emperador Marciano y á los obispos católicos; y con esto quedó la verdad conocida y confirmada con tan evidente milagro y ilustre testimonio del cielo, como lo escribe Juan Zonáras, autor grave y griego, en el tercero tomo de sus *Anales*, donde habla del emperador Marciano.

Demas desto, se mandan en los concilios muchas cosas tocantes á la reformation de las costumbres y á la emendacion de la vida, por las cuales hoy día vivimos y estamos en pié y no somos del todo acabados. Y si no fuera por la ocasion de las herejías, no se celebráran los concilios contra ellas, ni la Iglesia católica gozara de los bienes innumerables é importantísimos que dellos se han seguido; porque, así como en tiempo de paz nos descuidamos y dormimos á buen reposo, pero en alzando bandera los enemigos y andando la guerra, se aparejan y alimpian las armas, se reparan los muros, se fortifican las ciudades, se proveen de municiones y pertrechos los castillos, se vela y se hace centinela en cualquier lugar de sospecha; y esto todo cesaria si no hubiese enemigos; así en la guerra que los herejes nos hacen despierta Dios á los que dormian y hace nueva gente. Estúdiase más, y entiéndense mejor las sagradas letras, las determinaciones de los concilios, los decretos de los

(1) Niceph., lib. viii, *Hist.*, cap. xxii.

sumos pontífices, las sentencias conformes de los santos doctores, y se investigan y apuran las tradiciones apostólicas y las costumbres universales de la Iglesia, que son las principales y más fuertes armas con que habemos de pelear, y nos apercebimos para resistir y acometer, y reparamos y mejoramos nuestras vidas, que cuando están desportilladas ó caídas son comunmente como la batería abierta por donde entran las herejías. San Agustín dice estas palabras (2): «Muchas cosas tocantes á la fe católica, cuando somos desasosegados de la engañosa inquietud de los herejes, para poderlas defender contra ellas, se consideran con mayor atencion y se entienden con más claridad y se predicán con más cuidado, y la cuestion que movió el adversario es nueva ocasion de aprender.»

Esto vemos que ha hecho nuestro Señor en estos miserables tiempos, enviando nuevos soldados de socorro á su Iglesia para que se opongan á los herejes, y despertando é inspirando á muchos varones señalados en santidad y ciencia que escribieren libros de diferentes materias contra nuestros enemigos, é ilustrasen con ellos la santa Iglesia, y enseñasen y esforzasen á los fieles. En todo esto se descubre la sabiduría incomprendible del Señor.

Asimismo se manifiesta en otro modo, que algunas veces ha usado para mayor confusion de los herejes, convirtiendo á los sabios y grandes letrados por varones simples y sin letras, como aconteció en el concilio Niceno, al cual vino un gran filósofo y agudo disputador, el cual, queriendo hacer ostentacion de su doctrina é ingenio, se puso á disputar con algunos peralados católicos, grandes letrados; y como ellos no pudiesen convencerle con la fuerza de sus argumentos, salió un santo obispo simplicísimo, llamado Spiridion, para disputar con él, y díjole solamente estas palabras (3): «Oye, hermano; nosotros los católicos cristianos creemos en Dios Padre todopoderoso, que crió el cielo y la tierra, y en su unigénito hijo Jesucristo, nuestro Señor, y lo demas que se contiene en el credo;» y dicho esto, añadió: «¿Crees esto ó no?» Fué tanta la fuerza que el Señor dió á estas llanas y sencillas palabras, que el santo obispo pronunció confiado en la verdad dellas, que el filósofo altivo, y que estaba ufano de ver cuán bien le habia ido en la disputa con los otros, luego se rindió y dijo que sí creia, y que mientras habian disputado con él con palabras, él habia respondido á unas palabras con otras palabras; mas que cuando, dejadas las palabras, Dios habia usado de su eficacia y virtud, no habian podido las palabras resistir á la virtud y saber de Dios. Y así siguió el famoso filósofo al humilde y simple obispo, y se hizo discípulo de quien se tenia por maestro. Otra vez, quejándose algunos fi-

(2) Lib. vi, *De Civit. Dei*, cap. xi.

(3) Ruf., lib. x, *Hist.*, cap. iii; Sozo., lib. i, cap. xvii, y Niceph., lib. viii, cap. xv.

lósofos al emperador Constantino (1) porque habia mudado la religion antigua de los emperadores romanos y sabios de Grecia, y favorecido á los cristianos, que creian que un hombre crucificado era Dios, se ordenó una disputa entre muchos dellos y Alejandro, obispo de Constantinopla, el cual, confiando más en la verdad de la fe que defendia, que en la ciencia ó elocuencia humana, que no tenia, salió en campo, y habiendo señalado los filósofos á uno, el más eminente y sabio que habia entre ellos, para que disputase y fuese como caudillo é intérprete de los demas, el santo obispo comenzó su disputa desta manera: «Filósofo, yo te mando, de parte de Dios, que no hables;» y con esta sola palabra que oyó, perdió la habla el filósofo, y enmudeció de tal manera, que se rindió y se rindieron todos los otros filósofos, sus compañeros, á la verdad invencible de la fe, que la simplicidad del santo obispo Alejandro defendia (2). Y lo mismo aconteció á san Pedro mártir queriendo disputar con un hereje, el cual no pudo hablar y quedó mudo por oracion del Santo. Y por esta manera se convirtió; y se conoció y confirmó la verdad católica. Y como éstos hay otros ejemplos en las historias eclesiásticas.

CAPÍTULO VII.

La bondad de Dios, que se manifiesta en tiempo de herejías.

Si el Señor es admirable cuando descubre su poder y su saber contra los herejes, no lo es ménos cuando muestra contra ellos su bondad. Porque ¿en qué puede resplandecer más la bondad inmensa y soberana del Señor, que en sacar bienes tan grandes como los que habemos dicho, de un mal tan grande y espantoso como es la herejía? ¿Que sea nuestro Dios tan bueno, que los mayores males del mundo le sirvan para tan grandes bienes, y que ni la malicia de los demonios, ni la perversidad de los hombres, ni la potencia y crueldad de los tiranos, ni todo el poder del infierno sea parte para que se pierda uno de sus escogidos, para que no saque Él gloria para sí y provecho para nosotros! Grande argumento es éste de su infinito poder y bondad.

De esta manera, del mayor de los pecados, que fué la muerte cruelísima y afrentosísima de su precioso Hijo, sacó Dios el mayor de los bienes, que es la redencion del linaje humano, la conversion del mundo y la manifestacion de su infinita bondad y misericordia; y de la persecucion de los tiranos ha sacado la fortaleza y constancia y triunfo de los mártires, y nuestro esfuerzo, y la defensa de la Iglesia católica, y la confusion de sus enemigos; y de los pecados que cada dia permite sacamos más claramente la clemencia y bondad de Dios, que los sufre y los perdona; y por un cabo conocemos la flaqueza y miseria del hombre, que cae en ellos, y por otro, cuando se levanta, su es-

(1) Sozo., lib. i, cap. xvii.

(2) En su *Vida*, Suario, tom. ii.

carimiento, cautela y aviso, humillándose por ellos y haciendo penitencia dellos, y guardándose con más recato de recaer, y compadeciéndose de los que caen, y consolándolos y animándolos y dándoles la mano en sus caidas; que por esto dijo el apóstol san Pablo (3) que á los que aman á Dios todas las cosas les aprovechan. Sobre el cual lugar dicen los santos doctores que hasta los mismos pecados que cometieron les son de provecho, por las razones que acabo de decir. De suerte que, así como un peritísimo y sapientísimo médico descubre más la excelencia de su arte cuando hay más enfermos y dolencias que parecen incurables, curando él y dando salud á los que están desahuciados y sin esperanza alguna de remedio, así nuestro Médico soberano muestra más su bondad sufriendo nuestros males, y sacando dellos tan grandes y tan inestimables bienes, y dando vida y salud á los que se contaban por muertos.

Tambien se manifiesta en otra cosa no ménos importante esta bondad, que es en comunicarse á los hombres é inflamarlos de tal manera con su amor, que mueran por él y por la defensa de su verdad. Porque, así como en ninguna cosa de cuantas Dios ha hecho por el hombre ha manifestado tanto su bondad, ni dado muestras tan claras y eficaces de lo mucho que le quiere, como en haber dado su vida y muerto en una cruz por él, así en ninguna cosa puede el hombre dar retorno á Dios y mostrar lo que le ama, tanto como en derramar la sangre y morir por él. Porque, como dice el Apóstol (4), la mayor prueba del amor es dar la vida por el amado. Y como el morir Dios en una cruz por el hombre es la mayor prueba que Dios nos ha dado para que el hombre conozca lo que tiene en Él, así el morir el hombre por la verdad y amor de Dios es la más cierta y eficaz prueba del amor que el hombre tiene á Dios; pero en lo uno y en lo otro descubre el Señor maravillosamente su bondad, y lo uno y lo otro es singular gracia y beneficio suyo. Porque, si Dios no previniese al hombre con su dulzura, y le aprisionase con sus cadenas, y le encendiese con vivas llamas, no podria él por sí arder en tal fuego de amor divino, que menospreciase su propia vida y padeciese los tormentos atrocísimos que por Él padece. Así que, aunque todos los mártires antiguos, y los que en nuestros dias han muerto por la fe católica en Francia, Flándes, Inglaterra, que son innumerables, han dado con su sangre firmísimo testimonio de lo mucho que amaban á Dios y estimaban la fe católica, por la cual murieron; pero esta fortaleza y bondad dellos es prueba y argumento manifiesto de la bondad de Dios, que se la dió. Porque, así como el sol es la fuente y origen de toda la luz corporal, y sin él no hay luz, y donde hay mayor luz hay mayor participacion del sol; así Dios es sumo é infinito bien y la fuente y primer principio de toda bondad; de ma-

(3) Rom., viii.

(4) *Ibid.*, v.